CAPITULO VI

CONVIENE FORMAR AL HOMBRE SI DEBE SER TAL

1. Como ya hemos visto, la Naturaleza nos da las semillas de la Ciencia, honestidad y religión, pero no proporciona las mismas Ciencia, Religión y Virtud; éstas se adquieren rogando, aprendiendo y practicando.
De aquí se deduce que no definió mal al hombre el que dijo que era un Animal disciplinable, pues
verdaderamente no puede, en modo alguno, formarse el hombre sin someterle a disciplina.
2. Pues si consideramos la ciencia de las cosas, veremos la que es propio de Dios únicamente conocer todas las cosas sin principio, sin progreso, sin fin, en una simple y sola intuición, y esto no puede hallarse ni en el Hombre ni en el Ángel, porque en ellos no puede darse ni la infinitud ni la eternidad; esto es, la divinidad.
No es poca la excelencia del Ángel y del Hombre con haber recibido la luz de la Mente, gracias a la cual pueden apreciar las obras de Dios y reunir el tesoro de la inteligencia. Nos consta que los Ángeles aprenden con la contemplación (1 Pet., 1.12.-Efes., 3.10.-1 Rey., 22.20.-Job, 1.6), y de aquí que su conocimiento, de igual manera que el nuestro, es experimental.
3. Nadie puede creer que es un verdadero hombre a no ser que haya aprendido a formar su hombre; es decir, que esté apto para todas aquellas cosas que hacen el hombre. Esto se demuestra con el ejemplo de todas las criaturas que, aunque destinadas a usos humanos, no sirven para ello a no ser que nuestras manos las adapten. Por ejemplo: Las piedras, que nos son dadas para construir nuestras casas, torres, muros, columnas, etc.; pero que no sirven para ello a no ser que nuestras manos las corten, las tracen, las labren. De igual modo, las perlas y piedras preciosas destinadas a ornamentos humanos deben ser cortadas, talladas y pulimentadas por la mano del hombre; los Metales empleados para notables usos de nuestra vida, han de ser necesariamente rebuscados, licuados, purificados y de vario modo fundidos y batidos, y sin esto, tienen para nosotros menos aplicación que el mismo barro de la tierra. De las Plantas tenemos alimento, bebida, medicina; pero de manera que las hierbas han de sembrarse, cultivarse, recogerse, triturarse, etc., y los Árboles deben ser plantados, regados, estercolados y sus frutos recogidos, secos, etc., y mucho más, si hay
que obtener algo para la medicina o la construcción, porque en tal caso deben ser preparados de muchos y diversos modos. Y aunque parece que los Animales, por estar dotados de vida y movimiento, habían de sernos suficientes con esto; sin embargo, si queremos utilizar su trabajo, por el que nos son concedidos, hemos de procurar antes su aprendizaje. Si no, veamos: el caballo nació apto para la guerra, el buey para el tiro, el asno para la carga; para la guarda y caza el perro; para la cetrería el halcón y el milano, etc., y de muy poco nos valdrán si no amaestramos a cada uno de ellos para su oficio.
4. El hombre es a propósito para el trabajo en cuanto a su cuerpo, pero vemos que al nacer sólo hay en él una simple aptitud y poco a poco ha de ser enseñado a sentarse, tenerse en pie, andar y mover las manos para servirse de ellas. ¿De dónde, pues, procede esa prerrogativa de nuestra Mente de existir perfecta por sí y ante sí sin preparación anterior? Porque es la ley de todas las criaturas tener su principio en la nada y gradualmente irse elevando tanto en cuanto a su esencia como en cuanto a sus acciones. Pues ciertamente sabemos que los Ángeles, cercanos a Dios en perfección, no conocen las cosas sino al caminar gradualmente en el conocimiento de la admirable sabiduría de Dios, como antes hicimos observar.
5. También está claro que para el hombre fue el Paraíso una escuela manifiesta antes de la caída, y poco a poco aprovechaba de ella. Pues aunque al primer hombre, en cuanto fue producido, no le faltó ni la marcha, ni el lenguaje, ni el raciocinio, sin embargo carecía del conocimiento de las cosas que proviene de la experiencia, como lo atestigua el coloquio de Eva con la serpiente, en el que, si ella hubiese tenido mayor experiencia, no habría accedido tan sencillamente sabiendo que no era propio el lenguaje de tal criatura y, por lo tanto, que existía engaño. Mucho más necesitará esto ahora en el estado de pecado, que si hemos de saber algo hay que aprenderlo; y teniendo, ciertamente, nuestra mente como tabla rasa, nada sabemos hacer, ni hablar, ni entender, sino que hay que excitarlo todo desde su fundamento. Y esto nos es mucho más difícil que había de serlo en el estado de perfección, puesto que las cosas nos están obscurecidas y las lenguas confusas (tanto que en vez de una hay que aprender varias si alguno quiere, movido por la ciencia, conversar
con diversa gente, ya viva, ya muerta), aun las lenguas corrientes convertidas en más difíciles, y nada de esto nace con nosotros.
6. Hay ejemplos de que algunos, robados en su infancia por animales fieros y criados entre ellos, nada sabían más que los brutos ni podían usar la lengua, manos y pies de modo

diverso que ellos, hasta no estar de nuevo algún tiempo entre los hombres. Señalaré algunos ejemplos: Sobre el año 1540 en una aldea de Asia, situada en medio de las selvas, ocurrió que por descuido de los padres se perdió un niño de tres años.
Algunos años después observaron los campesinos que andaba con los lobos un cierto animal diferente por su forma y que tenía cara humana, aunque era cuadrúpedo; y como atendiese a la voz, fueron enviados por el Prefecto del lugar a ver si podían cogerle vivo de alguna manera. En efecto; fue aprehendido y llevado al Prefecto y después al Landgrave Casselas. Al ser introducido en la estancia del Príncipe, se desasió, huyó y se metió debajo de un asiento mirando torvamente y lanzando tétricos aullidos. El Príncipe ordenó que se le diera de comer entre los hombres; hecho lo cual, poco a poco fue amansándose la fiera, comenzó a sostenerse sobre las extremidades posteriores, y a andar en posición bípeda, y, por último, a hablar conscientemente y a hacerse hombre. Y entonces él recapacitó, en cuanto podía acordarse, que había sido robado y alimentado por los lobos y se había acostumbrado a ir con ellos en busca de presa. Describe esta
historia M. Dressero en el libro de Nueva y Antigua Disciplina, y también la recuerda Camerarius Horis suc., tomo I, cap. LXXV, añadiendo otra muy parecida. También Gulartino (en las maravillas de nuestro siglo) refiere que el año 1563 acaeció en Francia que, habiendo salido varios nobles a cazar mataron dos lobos y cogieron con lazos a un muchacho como de siete años, casi desnudo, de piel rojiza y cabellos crespos. Tenía las uñas encorvadas como las del águila; no posea ningún lenguaje a no ser cierto mugido inusitado. Llevado al castillo, tuvieron que encadenarle, tan feroz era; pero castigado durante algunos días por hambre, empezó a amansarse y a los siete meses próximamente comenzó a hablar. Se le llevaba por los contornos a que lo vieran, con no pequeño gasto de los dueños. Le reconoció como suyo una mujer pobre. Cierto es lo que dejó
escrito Platón (1.6 de las leyes): que el hombre es el animal extremadamente manso y divino si ha sido amansado con la verdadera disciplina; pero si no tuvo ninguna o fue equivocada, es el más feroz animal que produce la tierra.
7. En general a todos es necesaria la cultura. Pues si consideramos los diversos estados del hombre
hallaremos esto mismo. ¿Quién dudará que es necesaria la disciplina a los estúpidos para corregir su natural estupidez? Pero también los inteligentes necesitan mucho más esta disciplina porque su entendimiento despierto, si no se ocupa en cosas útiles, buscará las inútiles, curiosas o perniciosas. Así como el campo cuanto más fértil es tanto mayor abundancia de cardos y espinas introduce, de igual modo el ingenio avisado está repleto de conocimientos curiosos si no se cultivan las semillas de la ciencia y la virtud. Y lo mismo que si no echamos grano en un molino rotatorio para hacer harina se muele él mismo e inútilmente se pulveriza con estrépito y chirrido, y también con ruptura y división en partes, así el espíritu ágil desprovisto de cosas serias
se enreda completamente en cosas vanas, curiosas y nocivas y será causa de su muerte.
8. Los ricos sin sabiduría, ¿qué son sino puercos hartos de salvado? Y los pobres sin inteligencia de las cosas, ¿qué son más que asnillos llenos de cargas? Y el hermoso no educado, ¿qué es sino papagayo adornado de pluma o, como alguien dijo, vaina de oro que encierra arma de plomo?
9. Los que alguna vez han de dominar a otros, como reyes, príncipes, magistrados, pastores de las
iglesias y doctores, tan necesario es que estén imbuidos de sabiduría como estar dotado de los ojos para guiar el camino, la lengua intérprete de la palabra, la trompeta para el sonido, la espada para la batalla. De igual modo los súbditos también deben estar ilustrados para saber prudente y sabiamente obedecer a los que mandan; no obligados de modo asnal, sino voluntariamente por amor. No hay que guiar con voces, cárcel o azotes a la criatura racional, sino con la razón. Si se obra de modo contrario, redunda en injuria de Dios, que puso en ellos igualmente su imagen, y las cosas humanas estarán llenas, como lo están, de violencias e inquietud.
10. Quede, pues, sentado que a todos los que nacieron hombres les es precisa la enseñanza, porque es necesario que sean hombres, no bestias feroces, no brutos, no troncos inertes. De lo que se deduce que tanto más sobresaldrá cada uno a los demás cuanto más instruido esté sobre ellos. Acabe el sabio este capítulo: El que no aprecia la sabiduría y la disciplina es un mísero; su esperanza (es decir, el conseguir su fin) será vana,
sus trabajos infructuosos y sus obras inútiles. (Sab., 3.11.)

CAPITULO VIII

ES PRECISO FORMAR A LA JUVENTUD CONJUNTAMENTE EN ESCUELAS

1. Demostrado que las plantas del Paraíso, la juventud cristiana, no pueden desarrollarse de modo selvático, sino que necesitan cuidados, vamos a ver ahora a quién le incumben. Corresponden, naturalmente, a los padres; los cuales, ya que fueron autores de la vida natural, deben también serlo de la vida racional, honesta y santa. Dios testifica que esto era costumbre de Abraham, diciendo: Le conocí en que educaba a sus hijos y a su familia tras sí, para observar el camino de Jehová ejerciendo la justicia y el derecho. (Gen. 18. 19.) Y esto mismo recomienda Dios a los padres en general, ordenándolo así: Hondamente grabarás mis palabras en tus hijos; y hablarás de ellas cuando estés sentado en tu casa, y cuando andes por el camino, cuando estés echado y cuando te levantes. (Deut., 6. 7.) Y por el Apóstol: Y vosotros, padres, no provoquéis a la ira a vuestros hijos, sino criadlos en la enseñanza y temor del Señor. (Ephes., 6. 4.)

2. Pero como son raros, siendo tan múltiples los hombres como los asuntos humanos, aquellos que o sepan, o puedan, o estén sin ocupaciones para entregarse a la enseñanza de los suyos, ha tiempo que con avisado propósito se estableció que personas escogidas, notables por el conocimiento de las cosas y por la ponderación de costumbres, se encargasen de educar al mismo tiempo a los hijos de otras muchas. Y estos formadores de la juventud se llamaron Preceptores, Maestros, Profesores; y los lugares destinados a estas comunes enseñanzas: Escuelas, Estudios literarios, Auditorios, Colegios, Gimnasios, Academias, etc.

3. Josefo afirma que después del Diluvio el Patriarca Sem abrió la primera escuela, que después fue llamada Hebrea. ¿Quién ignora que en Caldea, especialmente en Babilonia, hubo bastantes escuelas en las que se enseñaban las artes, entre otras la Astronomía? Cuando, posteriormente (en tiempo de Nabucodonosor), Daniel y sus compañeros fueron adiestrados en esta ciencia de los caldeos (Dan., 1.20), come igualmente en Egipto, donde Moisés fue educado. (Ac., 7. 22.) En el pueblo de Israel, por mandato divino, se creaban escuelas, llamadas Sinagogas, donde los Levitas enseñaban la ley; éstas duraron hasta Cristo, conocidas por las predicaciones de Él y las de los Apóstoles. De los egipcios, los griegos y de éstos, los romanos, tomaron la costumbre de fundar escuelas; y principalmente de los romanos partió la admirable costumbre de abrir escuelas por todo su Imperio, especialmente después de propagada la religión de Cristo por el piadoso cuidado de los Príncipes y Obispos. La historia nos refiere que Carlo Magno, así que sometía gentes paganas, ordenaba a los Obispos y Doctores la creación de templos y escuelas; y siguiendo este ejemplo otros cristianos Emperadores, Reyes, Príncipes y Magistrados de las ciudades, aumentaron de tal modo el número de escuelas que hoy son innumerables.

4. Y es de gran interés para toda la República Cristiana, no sólo conservar esta santa costumbre, sino aumentarla de tal manera que en toda reunión bien ordenada de hombres (bien sea ciudad, pueblo o lugar) se abra una escuela como educatorio común de la juventud. Y esto lo exige:

5. El admirable orden de las cosas. Pues si el padre de familia no se dedica él a todo aquello que hace relación a la casa, sino que utiliza diversos artesanos, ¿por qué no ha de proceder en esto de semejante manera? Cuando necesita harina busca al molinero; si carne, al carnicero; si agua, al aguador; si vestidos, al sastre; calzados, al zapatero, y si construcciones, tabiques, herrajes, etc., al carpintero, albañil, herrero, etc. Y si para instruir a los adultos en la religión tenemos Templos, y para resolver las causas de los litigantes o convocar al pueblo para informarle de algo poseemos el Pretorio y la Curia, ¿por qué no hemos de tener escuelas para la juventud? Del mismo modo que cada uno de los campesinos no lleva a pacer sus vacas y puercos, sino que los encomiendan a los vaqueros que presten el servicio a todos a un tiempo, mientras ellos se entregan a sus ocupaciones sin distraerse en ello. Esto es, que es muy útil la reducción del trabajo cuando cada uno hace una sola cosa sin distraerse en otras; y de este modo cada cual puede servir a muchos y muchos a cada uno.

6. En segundo lugar la Necesidad. Y puesto que muy raramente los mismos padres tienen condiciones o tiempo para educar a los hijos, debe haber, por consiguiente, quienes hagan esto exclusivamente y por lo mismo sirvan a toda la comunidad.

7. Y aunque no faltarán padres que puedan dedicarse completamente a la enseñanza de sus hijos, es mucho mejor que se eduque la juventud reunida, porque el fruto y la satisfacción del trabajo es mayor cuando se toma el ejemplo y el impulso de los demás. Es naturalísimo hacer lo que otros hacen, ir adonde vemos que van los demás y seguir a los que van delante, como adelantarse a los que nos siguen.

El fuerte caballo corre bien una vez abierta su cuadra cuando tiene a quienes seguir o a quienes adelantarse. Más con ejemplos que con reglas se guía a la edad infantil. Si algo preceptúas, poco queda; mas si muestras que otros hacen algo, lo verás imitado aun sin mandarlo.

8. Finalmente, la Naturaleza nos ofrece admirable ejemplar al hacer que se produzcan en cada sitio las cosas que deben existir abundantemente. Así los árboles nacen con profusión en las selvas, las hierbas en los campos, los peces en las aguas, los metales en las entrañas de la tierra. Y sin un bosque produce abetos, cedros o encinas, lo produce en abundancia, sin que puedan con igual facilidad desarrollarse allí otras clases de árboles; la tierra que produce oro no da los demás metales con igual plenitud. Aún más claro se ve esto que decimos en nuestro cuerpo, donde es necesario que cada miembro tome su porción correspondiente del alimento consumido; pero no se le entrega su parte cruda para que él la prepare y asimile, sino que hay otros miembros destinados como a oficina para que tomen los alimentos para todo el cuerpo, los calienten, cuezan y, finalmente, distribuyan a los demás miembros el alimento así preparado. Así el estómago forma el quilo; el hígado, la sangre; el corazón, el espíritu vital, y el cerebro, el animal; y así preparados, corren cómodamente por todas partes y conservan la vida por todo el cuerpo. ¿Por qué, pues, así como los talleres forman los artesanos, los templos conservan la piedad y las curias administran la justicia, no han las escuelas de avivar, depurar y multiplicar las luces de la sabiduría, y distribuirla en todo el cuerpo de la comunidad humana?

9. Por último, en las cosas artísticas también observamos esto mismo cuando se procede racionalmente. El arboricultor, recorriendo las selvas y jarales, no planta la semilla en cualquier parte que es a propósito para la plantación, sino que preparada la lleva al jardín y con otras ciento las cuida al mismo tiempo; así también el que se dedica a la multiplicación de peces para la cocina construye una piscina y los hace criar a millares; y cuanto mayor es el jardín más felizmente suelen crecer los árboles, y cuanto más grande es la piscina mayores son los peces. Por lo cual, así como es indispensable la piscina para los peces y el vivero para los árboles, así las escuelas son precisas para la juventud.

CAPITULO IX

SE DEBE REUNIR EN LAS ESCUELAS A TODA LA JUVENTUD DE UNO Y OTRO SEXO

1. Lo que a continuación expondremos nos demostrará cumplidamente que no sólo deben admitirse en las escuelas de las ciudades, plazas, aldeas y villas a los hijos de los ricos o de los primates, sino a todos por igual, nobles y plebeyos, ricos y pobres, niños y niñas.

2. En primer lugar, porque todos los que han nacido hombres lo fueron con el mismo fin principal, a saber para la que sean hombres; esto es, criaturas racionales, señores de las demás criaturas, imagen expresa de su Creador. Todos, por lo tanto, han de ser preparados

de tal modo que, instruidos sabiamente en las letras, la. virtud y la religión, puedan atravesar útilmente esta vida presente y estar dignamente dispuestos para la futura. El mismo Dios nos asegura siempre que ante El no hay acepción de personas. Por lo cual, si nosotros admitimos a algunos pocos, excluyendo a otros, al cultivo del ingenio, cometemos injuria, no sólo contra nosotros mismos, consortes de ellos en su naturaleza, sino contra Dios, que quiere ser conocido, amado y alabado por todos aquellos en quienes se imprimió su imagen. Porque, ciertamente, con tanto mayor fervor se hará cuanto más viva estuviere la luz del conocimiento. Es decir, tanto amamos cuanto conocemos.
3. Además, no nos es conocido el fin a que destinó la Providencia divina a uno u otro. Esto nos lo dice Dios, que en ocasiones ha revelado como eximios instrumentos de su gloria a seres paupérrimos, despreciados y obscuros. Imitemos, pues, al sol del cielo, que alumbra, calienta y vivifica la tierra toda, a fin de que cuanto en ella pueda vivir, crecer, florecer y fructificar, viva, crezca, florezca y dé sus frutos.
4. Y no es obstáculo que haya algunos que parezcan por naturaleza idiotas y estúpidos. Porque esto mismo es lo que hace más recomendable y urgente esta cultura general de los espíritus. Por lo mismo que hay quien es de naturaleza más tarda o perversa, hay que sepan obedecer a los Magistrados políticos y a los Ministros de la Iglesia. Más aún: la experiencia atestigua que muchos tardos por naturaleza han llegado a dominar la ciencia de las letras de tal modo que han aventajado a los de mayor ingenio; con gran verdad exclamó el poeta: Todo lo vence el trabajo continuado. En efecto, unos durante su infancia tienen gran desarrollo de cuerpo y más tarde enferman y adelgazan; otros, por el contrario, arrastran su cuerpecillo juvenil enfermizo y después sanan y se manifiestan con prosperidad; así también se ha comprobado en cuanto al ingenio que algunos son precoces, pero pronto se agotan y caen en lo obtuso; otros, en cambio, al principio
están atontados y después se agudizan y razonan válidamente. Además, en los viveros no preferimos sólo a los árboles que dan el fruto más temprano, sino también a los medianos y tardíos; porque cada uno halla la alabanza a su tiempo (como dice en algún lugar Sirach) y no vivió en vano quien se manifestó alguna vez, aunque tarde. ¿Por qué, pues, en el Jardín literario hemos de querer admitir una sola clase de ingenios precoces y ágiles? Nadie debe ser excluido, sino aquellos a quienes Dios negó en absoluto el sentido o el conocimiento.
5. No existe ninguna razón por la que el sexo femenino (y de esto diré algo en especial) deba ser excluido en absoluto de los estudios científicos (ya se den en lengua latina, ya en idioma patrio). Es también imagen de Dios, partícipe de su gracia y heredero de su gloria; está igualmente dotado de entendimiento ágil y capaz de la ciencia (a veces superiores a nuestro sexo) y lo mismo destinado a elevadas misiones, puesto que muchas veces han sido las mujeres elegidas por Dios para el gobierno de los pueblos, para dar saludables consejos a los Reyes y los Príncipes, para la ciencia de la Medicina y otras cosas saludables para el humano linaje, le encomendó la profecía y se sirvió de ellas para increpar a los Sacerdotes y Obispos. ¿Por qué hemos de admitirías a las primeras letras y hemos de alejarlas después de los libros? ¿Tenemos miedo a su ligereza?
Cuanto más las llenemos de ocupaciones tanto más las apartaremos de la ligereza que suele tener por origen el vacío del entendimiento.
6. Sin embargo, no se le ha de llenar de un fárrago de libros (como a la juventud del otro sexo; lo que hay que deplorar que hasta ahora no haya sido más cautamente evitado), sino libros en los que, al mismo tiempo que adquieran el verdadero conocimiento de Dios y de sus obras, puedan perpetuamente aprender las verdaderas virtudes y la verdadera piedad.
7. Nadie me objete aquello del Apóstol: No permito enseñar a la mujer (1. Tim. 2.12), o lo de Juvenal en la Sátira 6a. "No tenga afición a hablar la matrona que junto a ti duerma, ni retuerza el entimema con lenguaje rotundo, ni sepa todas las historias." Ni aquello otro que pone Eurípides en boca de Hipólito: Odio a la erudita; no haya jamás en mi casa mujer que sepa más de lo que conviene a una mujer, pues ella tiene mayor astucia que los eruditos chipriotas.
Todas estas cosas no son pruebas contra nuestro aserto, puesto que nosotros pretendemos educar a la mujer, no para la curiosidad, sino para la honestidad y santidad. Y de todo esto lo que más necesario les sea conocer y poder, ya para proveer dignamente al cuidado familiar, como para promover la salvación propia, del marido, de los hijos y de la familia.
8. Si alguno dijera: ¿Qué va a ser esto si se hacen literatos los artesanos, los campesinos, los gañanes y hasta las mujercillas? Respondo: Ocurrirá que formada de un modo legítimo esta universal instrucción de la juventud, a nadie han de faltarle ideas para pensar, desear, conseguir y obrar el bien; todos sabrán en qué hay que fijar todas las acciones y deseos de la vida, por qué caminos hay que andar y cómo proteger la posición de cada uno. Además, se preocuparán todos, aun en medio de sus obras y trabajos, de la meditación de las palabras y obras de Dios, y evitarán peligrosas holganzas a la carne y a la sangre con la profusión de las Biblias y la lectura de otros buenos libros, con lo que estos pensamientos mejores arrastrarán a aquéllos ya descarriados. Finalmente y para decirlo de una vez: aprenderán a ver a Dios en todas partes, a alabarle por doquier, a amarle siempre; y por lo

mismo pasarán más alegremente esta vida pesada y aguardarán con mayor deseo y esperanza la vida eterna. ¿Y no sería para nosotros este estado de la Iglesia como una representación del Paraíso, tal como es posible tenerla bajo la bóveda celeste?

CAPITULO XIII EL FUNDAMENTO DE LA REFORMA DE LAS ESCUELAS ES PROCURAR EL ORDEN EN TODO

1. Si consideramos qué es lo que hace que el Universo con todas las cosas singulares que encierra, se mantenga en su propio ser, notaremos que no hay otra cosa sino orden, que es la disposición de las cosas anteriores y posteriores, superiores e inferiores, mayores y menores, semejantes y diferentes en el lugar, tiempo, número, medida y peso a cada una de ellas debido y adecuado. De aquí que alguno, con acierto y elegancia, haya llamado al orden el alma de las cosas. Lo que está ordenado, conserva su estado e incólume existencia mientras mantiene este orden. Si el orden falta, desfallece, se arruina, se cae. Múltiples ejemplos de la Naturaleza y de las artes lo prueban. Veamos. 2. ¿Qué es lo que hace, pregunto yo, que el Mundo sea tal y perdure en toda su plenitud? Pues es realmente que cada criatura se contiene dentro de sus límites conforme al mandato de la Naturaleza, y por este respeto del orden particular se conserva el orden de todo el Universo. 3. ¿Quién hace que transcurran los siglos de los tiempos, con intervalo tan exacto de años, meses y días, sin confusión alguna? El solo orden inmutable del Firmamento. 4. ¿Qué induce a las abejas, hormigas y arañas a ejecutar obras de tanta sutileza que en ellas encuentra el ingenio del hombre más que admirar que poder imitar? Nada más que la destreza innata para guardar en todas sus Operaciones el orden, número y medida. 5. ¿Qué hace que el cuerpo del hombre sea un órgano tan maravilloso que sea capaz de infinitas acciones aun sin estar dotado de instrumentos infinitos; es decir, que con los pocos miembros de que está formado pueda ejecutar obras de admirable variedad sin encontrar que falte algo o que debiera ser de otro modo? Es el resultado de la sapientísima proporción de todos los miembros, tanto entre sí como en conjunto. 6. ¿Qué es lo que hace posible que un solo entendimiento, de que estamos dotados, sea suficiente para gobernar al cuerpo y proveer a tantas acciones al mismo tiempo? No es otra cosa sino el orden en virtud del cual todos los miembros están enlazados por vínculos perpetuos y han de obrar en consonancia con el primer movimiento que procede de la mente. 7. ¿Qué hace que un solo hombre, sea Rey o Emperador, pueda gobernar a pueblos enteros? ¿Que siendo tantas intenciones como cabezas todas sirvan a la intención de aquél solo y que necesariamente, si él administra bien, sean bien administradas todas las cosas? El orden, solamente el orden, mediante el cual, unidos todos por los vínculos de las leyes y de los deberes, unos pocos están próximos a aquel único Moderador para ser regidos inmediatamente; aquellos a otros, y así consiguientemente hasta el último. A semejanza de la cadena en la que un eslabón arrastra a otro, de manera que movido el primero se muevan los demás y parado el primero se detengan todos los restantes. 8. ¿Cuál fue la causa mediante la cual Hieron pudo él solo trasladar de lugar, a su arbitrio, aquella ingente mole que habían intentado en vano mover tantos cientos de hombres? Una pequeña máquina verdaderamente ingeniosa compuesta de cilindros, poleas y cuerdas, de tal modo que unos elementos ayudasen a los otros para obtener la multiplicación de las fuerzas. 9. Los terribles efectos de las fulminantes bombardas, con las que se cuartean los muros, se derrumban las torres y se destrozan los ejércitos, no provienen sino de un cierto orden en las cosas y la aplicación de los elementos activos a los pasivos; esto es, la adecuada mezcla del nitro con el azufre (el uno frío y el otro ardiente); la debida proporción de la máquina o bombarda; la suficiente dotación de pólvora y balas, y, por último, la sabia dirección hacia el objeto. Si falta alguna de estas condiciones todo el aparato será inútil. 10. ¿Qué es lo que da la perfección al arte tipográfico que permite multiplicar los libros con rapidez, elegancia y corrección? En realidad el orden en esculpir, fundir y pulimentar los tipos de bronce de las letras, distribuirlos en las cajas, componerlos según la escritura, meterlos en la prensa, etc., y preparar el papel, macerarle, extenderle, etc. 11. Y para referirnos también a la mecánica, ¿por qué el carro, esto es, un poco de madera y hierro (pues de ellos se compone), sigue tan rápidamente a los caballos a él uncidos y presta tan grande utilidad para transportar personas y cargas? Nada hay en ello sino una ingeniosa coordinación de la madera y el hierro en ruedas, ejes, lanza, yugos, etc. Roto o estropeado uno de ellos, la maquina queda inservible. 12. ¿Por qué los hombres se entregan al furioso mar embarcados en frágil leño, llegan hasta los antípodas y retornan salvos? Sólo por la ordenada disposición en la nave de la quilla, mástiles, antenas, velas, remos, timón, áncoras, brújulas, etc., perdido algo de lo cual sobreviene el peligro de las olas, el naufragio y la muerte. 13. ¿Cuál es la causa, en el instrumento de medir el tiempo, el reloj, de que el hierro diversamente colocado y engranado produzca movimientos espontáneos, marque armónicamente los minutos, horas, días, meses y hasta años, no solamente mostrándolo a la vista, sino indicándolo a los oídos y aun señalándolo en medio de las tinieblas? ¿Por qué tal instrumento despierta al hombre a la hora que éste desea y hasta puede encender una lámpara para que al despertar vea desde luego la luz? ¿Por qué marcando el turno de los fastos y efemérides puede señalar los novilunios y plenilunios, todos los cursos de los planetas y los eclipses de los astros? ¿Qué habrá digno de admiración si esto no lo es? ¿Cómo un metal, cosa tan inerte por sí, puede producir

movimientos tan naturales, constantes y regulares? ¿Por ventura antes de su descubrimiento no sería tenido por tan absurdo e imposible como el afirmar que los árboles podían andar y las piedras hablar? Sin embargo, nuestros ojos son testigos de que ocurre como hemos dicho. 14. ¿Hay acaso para ello alguna oculta fuerza? Ninguna en absoluto, sino el orden manifiesto que aquí domina. Una disposición tal de todos cuantos elementos le integran, en su exacto número, medida y orden, que cada uno de ellos tiene fin determinado y para este fin los adecuados medios y preciso empleo de estos medios; una escrupulosa proporción de unos y otros y la debida coherencia entre cada uno de ellos con su correlativo y mutuas leyes para comunicar y devolver la fuerza. Así marcha todo; tan exactamente como un cuerpo vivo animado por su propio espíritu. Pero si algo se descompone, rompe, quiebra, retrasa o tuerce, aunque sea la más pequeña rueda, el más insignificante eje, el más diminuto clavo, al momento se para o hace con error todas sus indicaciones. De un modo evidente se demuestra aquí que todas las cosas dependen de un único orden. 15. No requiere otra cosa el arte de enseñar que una ingeniosa disposición del tiempo, los objetos y el método. Si podemos conseguirla, no será difícil enseñar todo a la juventud escolar, cualquiera que sea su número, como no lo es llenar mil pliegos diariamente de correctísima escritura valiéndonos de los útiles tipográficos; o utilizando el artificio de Arquímedes trasladar casas, torres o cualesquiera otros pesos; o embarcados atravesar el Océano y llegar al Nuevo Mundo. No han de marchar las cosas con menor facilidad que marcha el reloj de pesas bien equilibradas. Tan suave y naturalmente como suave y natural es el movimiento de dicha máquina; con tanta certeza, por último, como puede tenerse con instrumento tan ingenioso. 16. Intentemos, pues, en nombre del Altísimo, dar a las escuelas una organización que responda al modelo del reloj, ingeniosamente construido y elegantemente decorado.

CAPITULO XXVI DE LA DISCIPLINA ESCOLAR

Cierto es aquel proverbio tan repetido y popular entre los bohemios; Escuela sin disciplina es molino sin agua. De igual manera que si quitas el agua a un molino, se parará al momento,

si suprimes la disciplina en una escuela, forzosamente han de retardarse todas las cosas. Como si un campo no se escarda, nace en él la cizaña perniciosa para la mies, y si no se podan los árboles, echan mucha madera y producen brotes inútiles. No hay que inferir tampoco de esto que la escuela debe estar siempre llena de gritos, golpes y cardenales, sino por el contrario, colmada de vigilancia y atención, tanto por parte de los que aprenden como de los que enseñan. ¿Qué es la disciplina sino un modo cierto, en virtud del cual los discípulos se hacen verdaderos discípulos? 2. Será conveniente que todo formador de la juventud conozca bien el fin, la materia y la forma de la disciplina, para que no ignore por qué, cuándo y de qué manera debe emplear una beneficiosa severidad. 3. En primer lugar, pienso que ante todo debe hacerse constar que la disciplina sólo ha de aplicarse a los que se apartan del recto camino. Pero no porque alguno se haya extralimitado (lo hecho ya no puede anularse), sino para que no se vuelva a extralimitar. Hay que emplearla sin pasión, ira u odio; con tal candor y sinceridad, que el mismo que la sufre se dé cuenta de que se aplica en su provecho y proviene del amor paternal que por él sienten los que le dirigen; y, por lo tanto, debe aceptarla como se toma la medicina amarga que el médico receta. 4. La disciplina más rigurosa no debe emplearse con motivo de los estudios o las letras, sino para corrección de las costumbres. Porque si los estudios se organizan rectamente (como antes hemos preceptuado), serán por sí mismos estímulos para los entendimientos, y atraerán y arrebatarán todos con su dulzura (exceptuando los monstruos humanos) Si acontece lo contrario, no es por culpa de los que aprenden, sino de los que enseñan. Porque si desconocemos la manera de llegar a las inteligencias, en vano intentaremos aplicar la fuerza. Los azotes y los golpes no tienen eficacia alguna para despertar en las mentes el amor a las letras; poseen, por el contrario, la virtud de engendrar en gran cantidad el tedio y odio del espíritu hacia ellas. Por lo cual si alguna vez se advierte la enfermedad del espíritu, que repugna los estudios, debe tratarse con régimen y remedios dulces, mejor que exacerbarla más con asperezas. De cuyo prudente proceder nos da patente ejemplo el mismo Sol, que no emplea de pronto toda su fuerza sobre las plantas nuevas y tiernas en la primera parte de la primavera, ni desde el principio las quema y adelanta con su ardor, sino que poco a poco, insensiblemente, las va caldeando y las robustece, y, por último, aplica toda su intensidad sobre las adultas, que maduran sus frutos y semillas. Procedimiento parecido sigue el arboricultor al tratar suave y blandamente a las plantas nuevas y tiernas, y no emplea la raedera, cuchillos ni podaderas hasta que no son suficientemente fuertes para resistir las heridas. Igualmente el músico, si están destempladas las cuerdas del laúd, cítara o lira, no las golpea con el puño ni con un bastón, ni las arroja contra la pared, sino que aplica todo su arte hasta que consigue que formen perfecta armonía. Así, pues, también hay que condescender pasa traer las inteligencias a la armonía y amor hacia los estudios si no queremos hacer forzados de los descuidados y brutos de los simplemente embobados. 5. Si en alguna ocasión hay necesidad de aguijón y espuela, pueden emplearse otros medios mejor que los golpes. Unas veces con ásperas palabras y públicas amonestaciones; otras, alabando y ensalzando a otros: ¡Aquí tenéis a éste o aquél, qué bien atiende, con qué seguridad aprende todo! ¿Estás tú embobado? Otras veces hay que estimular por medio del ridículo: ¡Mira que simple eres! ¿No entiendes una cosa tan sencilla? ¿Estás en tu juicio? También pueden organizarse certámenes semanales o mensuales acerca del primer puesto o de algún premio de la manera que anteriormente dijimos. Pero hay que procurar que esto no sea un verdadero juego y pasatiempo, y, por lo tanto, resulte inútil, sino que el deseo de la alabanza y el miedo al vituperio o a ser expulsado sirva de poderoso estímulo a la diligencia. Por lo cual es absolutamente necesario que el Preceptor esté presente y lleve el asunto con toda seriedad y sin engaños, amonestando y castigando a los holgazanes y alabando públicamente a los diligentes. 6. Hay que hacer sentir la disciplina. más severa y rigurosa a los que cometan faltas contra las costumbres. A saber: 1. Por alguna manifestación de impiedad, como blasfemia, obscenidad o cualquiera otra cosa que se estime contra la ley de Dios. 2. Por contumacia y malicia deliberada, si alguno desprecia los mandatos del Preceptor o cualquier otro superior, y conocedor de lo que debe hacer no quiere de propósito cumplirlo. 3. Por soberbia y altanería o envidia y pereza, en virtud de la cual alguno rogado por su condiscípulo rehusa ayudarle en su estudio. 7. Las faltas de la primera especie van contra la majestad de Dios; las segundas socavan la base de todas las virtudes (Humildad y Obediencia), y las de la tercera clase dificultan y retardan el aprovechamiento rápido en los estudios, Aquellas que contra Dios se dirigen son pecados y deben ser expiados con durísimo castigo; las que se cometen contra los demás hombres y contra sí mismo, son injusticias que deben corregirse con áspera enmienda, y la que va contra los libros y trabajos es mancha que se borra con la esponja de la reprimenda. En una palabra: la disciplina debe dirigirse a mantener la reverencio respecto a Dios, la afabilidad para con el prójimo y la constancia en los trabajos y ocupaciones de la vida, y afirmarías con el uso y práctica continuados. 8. El sol del cielo nos enseña el modo mejor de ejercitar la disciplina, porque da a todo lo que nace (1) siempre luz y calor; (2) a menudo la lluvia y el viento; (3) raras veces el rayo y el trueno,

aunque éste es consecuencia del otro. 9. A imitación de lo cual, el director de una escuela procurará contener a la juventud en sus deberes: 1. Con ejemplos continuos, mostrándose él mismo vivo modelo de todo aquello en que pretende educarla. Si esto falta, todo lo demás es absolutamente inútil. 2. Con palabras educadoras, de estímulo o de reprimenda, teniendo especial cuidado en que, ya enseñe, ya exhorte, bien ordene, bien reprenda, procure efectuarlo ostensiblemente, con afecto paternal, para edificar a todos sin perder a ninguno. Si los discípulos no advierten este afecto claramente y no se persuaden de él, la disciplina se relajará con facilidad y los ánimos se predispondrán en contra suya. 3. No obstante, si estos procedimientos suaves no son suficientes para algunos de entendimiento tan desgraciado, habrá necesidad de recurrir a remedios más violentos, debiendo intentarse todo antes de abandonar a alguno por inepto para la educación y como caso desesperado. Tal vez hoy podrá aplicarse a muy pocos el famoso dicho: El frigio sólo se enmienda a fuerza de golpes. Por lo menos, si no al rebelde, será de gran provecho a los demás este rigor de la disciplina por el miedo que cause. Hay, sin embargo, que tener cuidado de no utilizar este procedimiento sin justa causa o con excesiva frecuencia, no sea que demos fin a los remedios extremos antes que los casos los requieran. 10. El resumen de lo dicho y de lo que podarnos decir es el siguiente: la disciplina ha de encaminarse a tener con aquellos que firmamos para Dios y su Iglesia un temple de las afecciones semejante al que Dios requiere para sus hijos, encomendados a la escuela de Cristo para que se alegren con temblor (Salmo 2.10), ocupándose de su salvación con temor y temblor (Filip. 2.12), gozándose siempre en el Señor (íd. 4.4); esto es, para que puedan y sepan reverenciar y amar a sus educadores, y no solamente dejen de buen grado que se les guíe adonde conviene guiarlos, sino que lo deseen con entusiasmo. Y este temple en los afectos no puede conseguirse por otros medios que los que ya hemos indicado: buenos ejemplos, palabras suaves y afecto sincero y franco continuamente; sólo de un modo extraordinario, fulminando y tronando con acritud, y al mismo tiempo con la intención de que la severidad motive siempre el amor en cuanto sea posible. II. ¿Acaso (séanos permitido aclarar lo expuesto con un ejemplo), acaso ha visto alguno que el batidor de oro forme la joya deseada de un solo golpe? Nadie, seguramente. Las funde en vez de golpearías; y si les sobra algo por excesivo e inútil, no lo golpea furiosamente con el martillo el artista entendido, sino que lo va reduciendo suavemente con un martillo pequeño, o lo desgasta con la lima o lo corta con la tenaza, pero siempre con sumo cuidado, y, por último, al final no deja de pulirlo y bruñirlo. ¿Y hemos de esperar nosotros que la imagen de Dios vivo, la criatura racional, puede ser educada con irracional procedimiento? 12. También el Pescador cuando pretende efectuar la pesca en aguas profundas con una red grande no se le ocurre aplicar plomos a la red para que se sumerja hasta el fondo y la obliguen a arrastrarse por él, sino que por un lado sujeta esponjas ligeras para que por aquel lado la levanten hasta la superficie del agua. De igual manera el que intenta la pesca de las virtudes con la juventud tendrá necesariamente que deprimir la humilde obediencia por la severidad hasta el miedo, por un lado, y por el otro levantar la constancia alegre hasta el amor, por medio de la afabilidad. ¡Felices los artistas que sepan utilizar este temple! ¡Dichosa la juventud con educadores de esta clase! 13. Aquí viene bien el juicio que el gran varón D. Eilhardo Lubino, Doctor en Sagrada Teología, inserta con estas palabras en el prólogo al Nuevo Testamento, editado en griego, latín y alemán, al tratar de la reforma de las escuelas. Otra cosa es que todo cuanto se proponga a la juventud con arreglo a su capacidad se le exija con tanta mesura que nada haga contra su voluntad, sino con entera espontaneidad y buen ánimo. Por lo cual pienso, que tanto las varas, como los azotes, no deben emplearse en las escuelas, antes bien, deben irse desterrando de ellas como instrumentos serviles que no convienen en modo alguno a los ingenuos, sino que son propios de mancipios y malos siervos. Hacen su aparición muy pronto en las escuelas, y cuanto antes deben desaparecer de ellas, no solamente por engendrar torpeza de carácter, que suele ser propia del entendimiento servil, sino por la maldad que lleva añeja las más veces: y que empleándolos a menudo como ayuda de las artes o la enseñanza, se convierten en instrumentos de crueldad y serán espadas en manos de locos furiosos con las que se matarán ellos mismos y a los demás. Hay otras clases de castigos que aplicar a los niños libres y de ánimo generoso, etc.

CAPITULO XXVII DE LA DIVISIÓN DE LAS ESCUELAS EN CUATRO ESPECIES CONFORME A LA EDAD Y APROVECHAMIENTO

1. Los artesanos señalan a sus aprendices un tiempo determinado durante el cual debe terminarse su enseñanza (dos años, tres y hasta siete, según la dificultad o amplitud del arte), y aquél que ya está instruido en todo lo que a su arte atañe, pasa de aprendiz a candidato, u oficial, y después a maestro en su oficio. Igualmente conviene establecer en la disciplina escolar que se determinen para las artes, ciencias y lenguas, sus períodos

respectivos, a fin de que, en el transcurso de un cierto número de años, se lleve a cabo toda la enciclopedia de la erudición y salgan de aquellos talleres de la humanidad hombres verdaderamente eruditos, verdaderamente morales, verdaderamente piadosos.

2. Para llegar a conseguir esto, emplearemos todo el tiempo de la juventud para la educación completa. (No tenemos aquí un arte solamente que aprender, sino todo el conjunto de las artes liberales con todas las ciencias y algunas lenguas), esto es, desde la infancia hasta la edad viril, veinticuatro años, distribuidos en períodos determinados. En esto procedemos de conformidad con las enseñanzas de la naturaleza. Demuestra la experiencia que el hombre alcanza el máximum de su estatura hacia los veinticinco años, y después sólo tiende a robustecerse. Este crecimiento tan lento (pues los cuerpos de las bestias más corpulentas alcanzan su mayor desarrollo en algunos meses, o a lo más en un par de años) debemos pensar que sin duda ha sido concedido a la naturaleza humana por la divina Providencia, a fin de que tenga el hombre mayor espacio de tiempo para prepararse a las obligaciones de la vida.

3. Dividimos estos anos de crecimiento en cuatro distintos períodos: Infancia, Puericia, Adolescencia y Juventud, fijando en seis años la duración de cada período, y asignándole una escuela peculiar para que

I La Infancia …….. El regazo materno, Escuela maternal (Gremium maternum).
II La Puericia ……. tenga La escuela de letras o Escuela común pública.
III La Adolescencia por Escuela latina o Gimnasio.
IV La Juventud…... Escuela La Academia y viajes o excursiones.

Así habrá una escuela materna en cada casa; una escuela pública en cada población, plaza o aldea; un Gimnasio en cada ciudad y una Academia en cada Reino o provincia mayor.

4. En estas escuelas diferentes que indicamos, no se enseñaran materias también diferentes, sino las mismas, pero de distinto modo; es decir, TODAS las que pueden hacer a los hombres, verdaderos hombres; a los cristianos, verdaderos cristianos, y a los doctos, verdaderamente doctos; pero según los grados de edad y anterior preparación, profundizando más cada vez. Las enseñanzas no deben tampoco disgregarse, sino que, conforme a las leyes de este método natural, al mismo tiempo deben darse todas, a la manera que el árbol va creciendo en su totalidad por igual en todas sus partes, lo mismo este año que el próximo, que mientras viva, aunque pasen cien años. 5. La diferencia será de tres modos. Primero, que en las escuelas primeras ha de enseñarse todo de un modo general y rudimentario y en las siguientes también se enseñará todo; pero más particular y minuciosamente, como el árbol se extiende cada año en nuevas ramas y raíces, se robustece más y produce más frutos. 6. Que en la primera escuela materna se atenderá principalmente al ejercicio de los sentidos externos, para que se habitúen a aplicarlos con exactitud a sus propios objetos y distinguir unos de otros. En la escuela común se ejercitarán los sentidos interiores, la imaginación y la memoria, con sus órganos ejecutivos, la mano y la lengua leyendo, escribiendo, pintando, cantando, numerando, midiendo, pesando y aprendiendo de memoria cosas diversas, etc. En el Gimnasio se procurará formar el sentido de la reunión de todas las cosas, el entendimiento y el juicio, por medio de la Dialéctica, Gramática, Retórica y las demás ciencias y artes reales enseñadas por el qué y el cómo (???????et ?????). Las Academias atenderán principalmente a la formación de cuanto procede de la Voluntad; esto es, enseñando a conservar las facultades en perfecta armonía (o restablecer la armonía si ha sido perturbada), el alma mediante la Teología, la inteligencia por la filosofía, las funciones vitales del cuerpo por la medicina y los bienes externos por la jurisprudencia. 7. Este es el verdadero método para educar con éxito; que en primer lugar se presenten las cosas mismas a los sentidos externos a los que inmediatamente afectan; entonces, excitados los sentidos interiores, aprenden a expresar y representar las imágenes impresas por aquella sensación interior; tanto dentro de sí, por la reminiscencia, como fuera de sí mismos por las manos y la lengua. Preparados así estos elementos interviene la mente, y mediante una cuidadosa especulación, considera y sopesa todas las cosas para investigar la razón de todas ellas: que dará por resultado el verdadero conocimiento de las mismas y el juicio acerca de ellas. Finalmente, la voluntad (que es el centro del hombre y la directora de todas sus acciones), se acostumbrará a ejercer, legítimamente, su imperio. Querer formar la voluntad antes que el entendimiento (como éste antes que la imaginación y la imaginación antes que los sentidos), es trabajar en balde. Es lo que hacen los que pretenden enseñar a los muchachos la Lógica, Poesía, Retórica y Etica antes que el conocimiento de las cosas reales y sensibles; procediendo de igual manera que el que intentara enseñar a bailar a un niño de dos años, que apenas logra andar con trémulos pasos. Es nuestra divisa tomar a la Naturaleza por guía en todo: y lo mismo que ella despierta las facultades unas después de otras, así debemos proceder en su desarrollo. 8. La tercera diferencia está en que las escuelas inferiores, la maternal y la

común, educarán a la juventud de uno y otro sexo: la latina, principalmente, a aquellos adolescentes que aspiran a algo más que a los oficios; y las Academias formarán a los Doctores y futuros formadores y guías de otros, para que no falten nunca Rectores aptos en las Iglesias, Escuelas y Negocios públicos. 9. Con razón hay quien considera estos cuatro géneros de escuelas como semejantes a las cuatro partes del año. Así, la maternal se asemeja a la amena primavera, adornada de brotes y florecillas de varia fragancia; la común representa el estío, que muestra sus espigas llenas con algunos frutos más tempranos; el gimnasio recuerda el otoño, recolectando los frutos completos de los campos, huertos y viñas y guardándolos en las despensas de la mente, y la academia, finalmente, es como el invierno que prepara los frutos recolectados para sus diversos usos, a fin de que tengamos de qué vivir en todo el tiempo restante de la vida. 10. Esta manera de instruir cuidadosamente a la juventud puede también ser comparada al cultivo de los huertos. En ellos, los niños de seis años, adiestrados rectamente por el cuidado del padre y de la madre, son semejantes a los arbolitos plantados a tiempo, bien arraigados, y que empiezan a producir pequeñas ramas. Los adolescentes de doce años son como arbolillos ya cubiertos de ramas y que empiezan a echar nuevos brotes; en los que aún no se ve suficientemente claro lo que han de dar de sí. Los adolescentes de diez y ocho ya instruidos en el conocimiento de lenguas y artes, son parecidos a los árboles cubiertos de flores por todas partes, ofreciendo con ellas un agradable espectáculo a la vista y un gratísimo olor al olfato y prometiendo al paladar frutos seguros. Por último, los jóvenes de veinticuatro o veinticinco años nutridos ya plenamente de los estudios académicos, son como el árbol lleno de frutos al que ha llegado su tiempo de arrancárselos y aplicarlos a sus respectivos usos. En realidad todo esto debe exponerse con mayor claridad.

Comenius, Jan **Didáctica Magna**, Akal, Madrid, 1984

http://glosarioeducativo.wikispaces.com/file/detail/Didactica+Magna.doc
http://glosarioeducativo.wikispaces.com/file/detail/Didactica+Magna.pdf

Selección de Daniel Brailovsky para la cátedra de Pedagogía ISPEI Eccleston